

Un mismo mundo, dos formas de mirarlo

Autor:

Quique Bassat. Pediatra especialista en Medicina Tropical.

Palabras clave: niños, tercer mundo, mundo desarrollado

El día que nació, hace ahora 7 años, mi madre se despertó con un antojo enorme de fresas. De camino al supermercado, empezó a sentir dolores y supo que se había puesto de parto. Desde la ventanilla del taxi que la llevaba al hospital, mi padre, sudoroso, agitaba un pañuelo blanco, igual que en las películas. Mi madre dice que todo fue larguísimo, y que como tras 12 horas no salía, le tuvieron que hacer una cesárea. Cada verano cuando vamos a la playa me enseña la cicatriz y me riñe en broma por haberle estropeado su "look" bikini.

Durante mi primera semana de vida, que pasé en el hospital, la habitación se mantuvo llena de flores y chocolate, y pude estrenar un armario entero de ropita azul. Mis primeros días fueron muy plácidos, por lo que me cuentan, aunque unos granitos que me salieron en la cara tuvieron a mis padres muy preocupados, y a mi pediatra muy ocupado. Siempre he sido muy comilón, y mi madre enseguida tuvo que añadir algún biberón extra porque el pecho sólo no era suficiente. Mi padre se ponía muy nervioso porque mis abuelas no dejaban de criticar todo lo que hacían mis padres, y porque mi madre encima les daba la razón.

Una vez fuera del hospital, me convertí en el rey de la casa. Tenía un cuarto para mí solo, una mini-bañerita en la que cada día puntualmente me bañaban y montones de artilugios de colores y formas diferentes que no servían para nada, pero que me mantenían distraído. Mi madre me dio el pecho durante un mes entero, pero enseguida se cansó porque decía que era muy "esclavo".

Mis padres tenían miedo de dejarme solo, con lo cual me llevaban todas las noches a su cuarto, y yo se lo agradecía despertándolos a todas horas. Y cuanto más los despertaba, más me daban de comer. Todas las amigas de mi madre le recomendaron que se leyera el libro del doctor que duerme a los niños, pero mi padre no consiguió pasar de la décima página (se quedaba dormido) y mi madre dejó de aplicarme el método a la semana porque le daba pena verme llorar. Yo no me acuerdo de nada, pero mi madre dice que yo ya era un listillo desde bebé.

Mis primeros meses de vida fueron plácidos, y mis padres pudieron combinarse para pasar mucho tiempo conmigo. Tengo un álbum de fotos por cada mes de vida que

cumplí, y cada nuevo acontecimiento (primera vez que me giraba solo, primer diente, primera papilla, primeras caquitas sólidas, primeros pasos, primeras palabras) está primorosamente documentado en decenas de horas de video.

Mi padrino, que es un hermano de mi padre, me regaló al nacer una camiseta del Barça, y un carrito de tres ruedas todoterreno, muy bonito, con su saco, su capota, su maxicosi, su sistema pro-fix, su capucha y sus plásticos de lluvia, pero que usé muy poco porque no cabía en el ascensor de casa.

Junto con mis primeros pasos empezaron mis primeras diabluras, mis primeros moratones, y mis primeros accidentes domésticos. Por no tenerme en casa, mis padres me apuntaron al gymboree, y a clases de natación.

El parvulario me mantuvo ocupado hasta la llegada al colegio, y el día que cumplí 4 años fue el primer día que no lloré al separarme de mi madre (gracias a la bicicleta con ruedecitas que me habían regalado). Luego llegó el colegio, las clases de piano y el Kumon donde me enseñan las matemáticas de una forma menos aburrida que en el cole.

Yo quiero hacer judo, pero mi madre dice que soy todavía muy pequeño. Y eso que desde que hice la comunión, hasta tengo "semanada" y móvil. El ser hijo único tiene sus ventajas. A veces pienso que tengo mucha suerte de haber nacido donde he nacido.

Mi madre me dice que tengo 7 años, que nació el año de las inundaciones. El día en el que vine al mundo, mi madre se despertó con el sol, y con dolores de parto. Como todos los días, fue a la "machamba" y estuvo recogiendo unos tomates y un poco de mandioca para que mis hermanos tuvieran qué comer. Al volver a casa, mi madre llamó a la vecina para que la ayudara. Tuve suerte de nacer en casa y unas semanas después de las tormentas, no como aquella niña que nació en lo alto de un árbol porque su madre no sabía nadar.

Nací muy pequeñito y enseguida me envolvieron en unas "capulanas" para calentarme. Mi hermana mayor me contó que los primeros días estuve enfermo, que se me hinchó toda la zona del ombligo y que me costaba mucho comer.

Mis tías y mis abuelas me curaron con friegas e infusiones y pronto empecé a recuperarme.

Al cumplir un mes de vida me regalaron un nombre, y toda la familia y vecinos bailaron y celebraron hasta altas horas de la madrugada que hubiese sobrevivido. Conocí a mi padre cuando cumplí seis meses, ya que había viajado al país vecino para trabajar como minero. Yo no lo recuerdo, porque era muy pequeño y porque se murió al poco de volver, enfermo de tos. Mi madre tiene una fotografía en la que mi padre sonríe mientras me sostiene en sus brazos. En casa éramos muchos, y todos los hermanos ayudaban a mi madre.

Mi madre me dio el pecho todo lo que pudo, pero pocos meses después de nacer yo se volvió a quedar embarazada y tuve que empezar a comer con mis hermanos. Mi madre se puso enferma de fiebres y el embarazo no cumplió las nueve lunas. Mi hermanita solo vivió unos días, y como mi madre se quedó muy débil mi hermana la segunda se ocupó de mí. Siempre vigilaba que mis otros hermanos me dejaran comida suficiente.

Dormir todos juntos era divertido, aunque las noches eran frías y los mosquitos no nos dejaban descansar. Todos

mis hermanos y yo íbamos cada semana a la fuente, y volvíamos cargados de agua. Recuerdo que cuando la fuente dejó de funcionar, tuvimos que ir a buscar el agua al río, que estaba mucho más lejos. La primera vez que lo vi tuve miedo porque el suelo era blando debajo de mis pies, aunque muy pronto aprendí a nadar.

Mi madre siempre me consideró el más listo de mis hermanos, porque empecé a hablar muy pronto. Por ese motivo, cuando cumplí 4 años, y con la ayuda de mi padrino que tenía una bicicleta, viajamos durante un día entero hasta que llegamos a una aldea en la que había una escuela. Cuando el señor vestido de negro que mandaba en la escuela me aceptó como uno de sus alumnos, lloré de alegría. Desde entonces he podido aprender a leer, escribir y sumar.

No he visto a mis hermanos desde hace tres años, y los echo mucho de menos. No tenerlos cerca me hace sentirme como si fuese hijo único, y es muy extraño. Al marcharme mi hermana me regaló sus zapatos. Me van todavía grandes, pero dentro de muy poco ya no tendré que ir descalzo. Poder estudiar es un privilegio. A veces pienso que tengo mucha suerte de haber nacido donde he nacido.